Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

ESTA VIDA NO ES LA VIDA Y LA MUERTE NO ES LA MUERTE

No tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna (Heb. 13,14)... *Somos forasteros y peregrinos sobre la tierra* (Heb. 11,13).

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA

ISBN: 84.7770-460-7
D.L. Gr. 158-99
Impreso en Azahara
Printed in Spain

PRESENTACION

Amigos lectores:

Este libro lleva el mismo título del escrito por Mns. Gaume: ESTA VIDA NO ES LA VIDA y me muevo a escribirlo por estas palabras de mi amigo D. Andrés Codesal, editor y director del Apostola-do Mariano de Sevilla. "Este libro que le envío trata de un asunto importantísimo sobre el que de-biera hacer una síntesis como Vd. lo sabe hacer..."

Mis libros, conocidos ya de muchos, son, por lo general, breves y procuraré que éste lo sea también y abarque el contenido esencial del escrito más extenso por dicho Mns. Gaume, con algunas adiciones y modificaciones, y no exponiéndolo en forma de cartas, como él lo hace.

Empiezo por añadir al título "y la muerte no es la muerte", y espero que cuantos lo lean, se den más fácilmente cuenta de las grandes y bellas ideas que encierra.

No hay duda que la mayoría de la gente de este mundo vive en él como si fuera el fin para el que hemos sido creados; mas es preciso reconocer que éste es un error, porque Dios nos ha creado para ser felices, pero no en este mundo, sino que nos ha puesto en él para merecer la felicidad eterna que nos tiene prometida en la vida futura, pues "ésta es la promesa que Dios nos hizo, la vida eterna" (1 Jn. 2,25)

Yo quisiera, al igual que Mons. Gaume, *desengañar, consolar, ilustrar y dar ánimo* a mis lectores. Desengañar a los que creen que la vida de acá es la verdadera vida; consolar a los que mirándola así, se espantan o se desconsuelan por la muerte: ilustrar a los que se

forjan ilusiones sobre la naturaleza y el fin de esta vida; dar ánimo a los peregrinos de la tierra para la conquista de la vida verdadera.

Este libro, pues, nos enseñará a dar sentido a la vida y a reconocer que todos nos podemos santificar en los diversos estados de la presente, y, por ser ésta tan corta, no tiene comparación con la eterna, y que mil años no son nada en comparación con la eternidad.

¿Quién piensa seriamente en esto? Ni siquiera la mayor parte de las almas piadosas piensan seriamente en ello. San Juan de Avila decía: "El que cree en la eternidad y no se hace santo, merecería que le encerrasen en una casa de locos".

Dios quiera que la lectura de este libro nos haga cuerdos a todos y nos haga comprender que la vida presente no es la verdadera vida, sino la eterna, que es la verdaderamente dichosa y bienaventurada, que Dios tiene preparada para cuantos le sirven y aman en ésta.

Benjamín Martín Sánchez
Zamora, 31 de Mayo de 1998

Primera parte

ESTA VIDA NO ES LA VIDA
¿Qué es nuestra vida presente?

La vida es un viaje que emprendemos desde que nacemos, una breve peregrinación por este mundo. Y ¿de quién la recibimos?. La recibimos de Dios que es la fuente de la vida.

Nuestra vida presente tiene una meta señalada por Dios. Él no quiere que seamos peregrinos siempre. Esta vida de que gozamos en el tiempo presente, Dios nos la da con el fin de que nos dirijamos a nuestra patria, la patria verdadera, pues, como nos dice el apóstol: *"no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna"* (Heb., 13,14). Nuestra verdadera patria es el cielo. Como dice San Pablo escribiendo a los filipenses: *"Somos ciudadanos del cielo"* (3,20), y a él caminamos.

Dios nos ha hecho una gran promesa: *"La promesa que Dios nos hizo es la vida eterna"* (1 Jn. 2,25). *"Tenemos casa eterna en el cielo"* (2 Cor. 5,1). Y Jesucristo nos dice: *"Alegraos y regocijaos porque vuestra recompensa es grande en el cielo"* (Lc. 6,23).

La consecuencia de lo dicho es que esta vida no es la verdadera vida, y no lo es, porque esmuy breve y la vida a que caminamos después de ésta es de duración eterna, y en ella ya no habrá dolores, ni lágrimas ni sufrimiento alguno. *"Los justos vivirán eternamente"* (Sab. 5,16).

"¿Qué es nuestra vida más que un breve día, do apenas sale el sol cuando se pierde en la noche fría?" (Fernández Andrada). "Este mundo es el ca-mino/ para

el otro, que es morada/ sin pensar/. Mas cumple tener buen tino/ para andar esta jornada/, sin errar" (Jorge Manrique). Y la copla popular di-ce: "Desde el día que nacemos a la muerte caminamos, y no hay cosa que más se olvide y que más cerca tengamos". "Vivir es marchar hacia la muerte"; pero a esta no debemos temer, porque ella es la puerta que nos conduce a la vida etrna.

La tierra es un desierto, en la que vivimos como desterrados, y en el cielo es donde tenemos la verdadera patria. "Toda la Sagrada Escritura nos ex-horta a desprendernos de la tierra y a dirigir nuestras miradas al cielo en donde se halla la verdadera y suprema felicidad" (San Agustín, Lib. de Civit).

La tierra no es la patria del hombre y es lo que iremos demostrando.

¿Qué es lo más importante?

Lo más importante para nosotros es saber qué es nuestra vida y para qué estamos en este mundo, pues es un gran error muy grande y grave creer que no hay más vida que la presente, lo que nos obliga a gritar: ¡Oh hombres, mis amigos y mis hermanos! El error más radical, el más cruel, el más desastroso y desgraciadamente el más extendido en nuestros días, es creer que la vida de acá abajo es la verdadera vida.

Los hombres materialistas y ateos, que viven en el error y tratan de engañar a otros, son los que más allá de esta vida no ven nada; más allá de los negocios de esta vida, nada; más allá de las ocupaciones de esta vida y más allá de los bienes y los males, de las alegrías y las penas de esta vida, no ven nada, absolutamente nada. Para ellos todo se encierra en los estrechos límites del

tiempo: que se haga la prueba de hablarles de otra vida, de otros intereses de otros bienes y otros males, no ven nada, ni entienden nada...

¿Quieres convencerte de ello por ti mismo? Fíjate en su vida, observa sus costumbres, conoce sus preocupaciones, sus temores, sus ambiciones, sus dolores. Lee sus diarios, sus discursos; escucha sus conversaciones íntimas. Diez veces, veinte y cien veces que renueves la prueba, a todas horas y en todas las circunstancias te dará el mismo resultado... fascinación de fagatelas, que nos lo deja ver los bienes y los males reales y menos el abismo a que se dirigen.... No conocen cuán desdichados son por no pensar en el más allá y creerse aquí eternos cuando les va a sorprender la muerte cuando menos lo piensen, y se terminó todo para ellos y aquí dejarán sus bienes por los que tanto se afanaron y se presentan ante Dios con las manos vacías.

Los grandes problemas del hombre

El gran Pontífice Pío XI dijo: "Los gravísimos problemas que siempre han preocupado profundamente al género humano son los de su origen y de su fin: de dónde viene el hombre y a dónde va"; pero ¿quiénes piensan en esto?.

Los locos de hoy día, los que se creen más instruídos han descubierto, como ellos dicen, que el hombre desciende del mono, en lugar de admitir con todo el género humano que procedemos de Dios. ¿Quién puede ignorar que nosotros tuvimos nuestros padres, y éstos otros hasta llegar a los primeros credos por Dios, que no fueron más que Adán y Eva. ¿No es una bajeza creer que son hijos o nietos o tataranietos de algún gorila, solitario habitante de las selvas africanas?.

Los que no piensan en estos grandes interrogantes: ¿De dónde vengo? ¿A donde voy? ¿Para qué estoy en el mundo?, nos traen a la memoria aquel habitante de Pekin, a quien uno de nuestros misioneros le preguntó: ¿Para qué estás en el mundo? Y él respondió: "Para comer arroz". Y tú, dijo al otro: ¿qué religión tienes? "Mi religión contestó, acariciando con ambas manos su prominente abdomen, es comer y beber bien, y digerir bien y dormir bien". "En tal caso, le dijo el misionero, tienes la misma religión que aquellos bueyes que pacen allá abajo en la pradera".

Y entonces el chino se apartó riéndose del bárbaro que había hecho un viaje de cuatro mil leguas para ir a enseñarle a él todo un habitante del celeste imperio, que el hombre es otra cosa que una bestia y tiene otro destino que pacer yerba y comer arroz.

¡Ay! ¡Cuántos chinos y chinas hay en Europa! ¡Y que no conocen siquiera su propia degradación!... Su corazón en vez de palpitar hacia arriba, palpita hacia abajo. El puñado de tierra que huellan con sus pies o arañan con sus manos, limita sus ho-rizontes. Para ellos la vida del tiempo se ha troceado en la única vida; ya no conocen otra, están fascinados.

El verdadero cristiano, como hijo de Dios por el bautismo, no puede menos de decir: "He nacido para cosas mayores, tengo más altos destinos".

Los que viven y se contentan con las cosas temporales, reconocerán un día que "los varones de riquezas, durmieron su sueño, y se encontrarán con las manos vacías", y ellos mismos lo reconocerán así; pero ya será tarde, y en su desesperación exclamarán: *¡Luego hemos errado!* Nos hemos deshecho buscando la vida donde no

estaba… *Nos hemos fatigado en seguir la carrera de la iniquidad y perdición* (Sab. 5,7)

¿Para qué estoy en el mundo?

¿Cuál es mi fin? Los hombres que no piensan en el más alla, los apegados a este mundo llaman bienaventurados a los ricos, a los que poseen muchos bienes y rien y se divierten…" Y ¿podremos llamar felicidad el disfrutar unos días de esta vida y luego morir y dejar aquí las riquezas y todo? Si su felicidad se limita con la muerte, ¿cómo podrán llamar felicidad lo que no es eterno? El hombre no ha nacido para los bienes del mundo, y, por tanto, no son su fin, pues si él hubiera nacido para ellos, ¿por qué muere?, ¿por qué se le quitan de las manos quiera o no quiera?
Cuando uno recorre las calles de grandes ciudades como Madrid, Lóndres o París, encuentras a cada paso los que se llaman dichosos del mundo. Ves sus palacios magníficos, oyes el ruido de sus fiestas, sabes que el oro afluye a sus manos a dispisición de todos sus caprichos, viven entre toda clase de placeres… y ante este espectáculo, son muchos los que se ven tentados a exclamar: ¡Qué felices son! *"Beatum dixerunt populum cui haec sunt"* (Sal. 144,15).

Pero amigos míos, "no es oro todo lo que reluce", dice un adagio popular, dentro de esos palacios y de tantos edificios suntuosos tambien hay enfermedades, preocupaciones, inquietudes… y todos andamos muy equivocados si creemos que estamos en el mundo para acaparar riquezas y luego dejárselas a otros con gran pena para que ellos disfruten a costa de nuestros sudores. ¡Cuánta vanidad! No pongamos nuestra felicidad en la

tierra, en esta vida tan corta, pues si no esperásemos en una vida feliz más allá de la presente, seríamos, como dice San Pablo *"los más miserables de todos los hombres"* (1 Cor. 15,19).

En consecuencia: ¿Para que estamos en el mundo? Estamos para ser buenos cristianos, y un buen cristiano debe servir y amar a Dios, y le serviremos cumpliendo sus santos mandamientos, que nos ha dado para bien nuestro. Dios es el que nos dice: *"Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos"* (Mt. 19,17).

No hemos, pues, de vivir para la ambición o para el dinero o la fama..., tenemos que vivir para Dios, para algo que no podemos perder y es de duración eterna. Nuestra felicidad no está en la tierra, no está en este mundo, está en Dios infinito y eterno, que ha puesto en nosotros aspiraciones infiitas, y sólo Él por poderlas colmar es nuestro último fin... Como dijo San Agustín: "Nos hiciste, Señor, para Tí, e inquieto está nuestro corazón mientras no descanse en Ti".

Vanidad de vanidades y todo vanidad

En el libro sagrado del Eclesiastés hay unas palabras atribuidas al sabio rey Salomón. Pon-gamos atención, y dejemos que nos cuente él mismo el resultado de su experiencia: *"Yo dije en mi corazón: Iré, y tendré abundancia de delicias, y gozaré de los bienes. Hice obras magníficas, levanté palacios y planté viñás. Hice huertos y vergeles y los planté de toda clase de árboles. Poseí siervos y siervas, y tuve mucha familia; también ga-nados mayores y numerosos rebaños de ovejas, más que todos los que fueron antes de mi en Jerusalén.*

Amontoné gran cantidad de oro y plata, y las rique-

zas de los reyes y de las provincias. Me escogí cantores y cantoras, y todo lo que hace delicias de los hijos de los hombres... No les negué a mis ojos todas cuantas cosas desearon; ni vedé a mi corazón que gozase de todo placer... (Ecl.12,1-10).

Veamos ahora el resultado de tantos bienes y placeres de que gozó:

Y habiéndome puesto a examinar todas las obras cuantas habían hecho mis manos, y los trabajos que yo inútilmente había sudado, vi que era todo vanidad y aflicción de corazón, y que ninguna cosa es permanente debajo del sol.

Nada hay estable bajo el sol. Es inútil buscar la felicidad sobre la tierra. *"Vanidad de vanidades y todo vanidad. ¿Qué provecho saca el hombre de to-do por cuanto se afana debajo del sol?* (Ecl.1,2-3).

Lo principal en esta vida es no perder de vista nuestro último fin.

Un día se presentó a San Felipe Neri (m.1595) un joven estudiante para pedirle un favor. El Santo se lo hizo y después le dirigió estas preguntas: ¿Qué es lo que quieres conseguir con tus estudios? Quiero ser abogado. ¿Y después? Defendiendo causas, ganaré mucho dinero.

-¿Y después? De este modo me prepararé una vejez tranquila. Está bien. ¿y después? El joven se puso triste y contestó: Pues después... me moriré. ¿Y después? repitió San Felipe. ¿Después?... ¿Des-pués?... El joven no contestó... Y San Felipe Neri le dijo: Yo no te censuro nada de lo que piensas hacer. Sólo te digo, que si te dejas absorber por el trabajo de la vida presente, sin enlazarlo con las realidades de la vida futura, caes en la más peligrosa y cruel de todas las locuras. Piensa que

nada hay estable debajo del sol. Juventud, salud, belleza, placeres, honores, existencia, todo pasa... Y tenemos que pensar todos en el más allá. Hay una eternidad en la cual es preciso pensar. Es la cuestión más importante.

De Unamuno, a quien conocí un día en Sala-manca, y le oí algunas frases geniales, una de la más interesante, que dijo ya en sus años jóvenes (y que Julián Marías recoge en su libro: "Problemas del cristiano") es ésta: "La única cuestión era saber que habrá de ser de mi conciencia, de la tuya, de la del otro y de la de todos, después de que cada uno de nosotros muera". Y ¡qué pocos piensan en esta cuestión!, porque si el hombre muere total y defini-tivamente, todo deja de importarle, nada es importante, ni siquiera Dios, pues importante es lo que importa.

No hay duda que el error que consiste en creer que esta vida es la vida, y no hay nada más allá de la muerte, es el más desastroso de todos los errores. Esta creencia trastorna a la pobre humanidad, y conduce a todos los crímenes y desórdenes, y los que así viven se parecen a aquellos incrédulos del profeta Isaías: *"Comamos y bebamos que mañana moriremos"* (22,13).

Nos interesa a todos que pensemos en aquel ¿Y después? que hizo pensar al joven al que habló San Felipe Neri, y le quedaron tan impresas en su mente estas palabras, que hicieron de él un hombre virtuoso y sabio.

Para comprender esta verdad, leamos frecuentemente el Evangelio en el que Jesucristo, el Dios he-cho hombre, nos dice claramente que hay otra vida después de ésta y la conseguiremos mediante el cumplimiento de sus diez mandamientos. Además *"está establecido que los*

hombres mueran una vez, y después de la muerte el juicio" (Heb. 9,27).

¿Qué es lo que hay en el mundo?

El Evangelista San Juan nos dice: "No améis al mundo ni lo que hay en el mundo... porque *lo que hay en él es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida"* (1 Jn. 2,15-17).

El que se deja dominar por las pasiones y piensa que esta vida es la vida y no hay otra, busca en ellas la felicidad y el goce, y desde que esta vida se toma por la vida, los goces son el fin, el fin único, el fin apasionadamente perseguido. Las tres concupiscencias se presentan como el triple medio de perseguirlo. Veamos sus obras, los desastres que ocasionan:

La concupiscencia de la carne. Gula y lasciva; he ahí lo que es; deleite en el comer y otros deleites sensuales: he ahí lo que quiere. En el esclavo de la concupiscencia, el alma, decaida de su dignidad, no es más que la criada del cuerpo, la proveedora de sus groseros y culpables goces. En este vergonzoso edificio se prostituyen y se gastan sus pensamientos, sus deseos, sus nobles facultades...

La concupiscencia de la carne inunda el mundo de libros oscenos, pinta y graba las desnudeces más repugnantes, puebla las casas de corrupción. Ella arrastra a la afrenta, a la deshonra, a la ruina de la inteligencia, de la fortuna y la salud, a los escándalos ruidosos, a las disenciones domésticas y a los asesinatos...

Concupiscencia de los ojos. Avaricia y curiosidad: he ahí lo que es; oro, plata, piedras preciosas, medios de comunicación lujosos, propiedades muebles e inmue-

bles, todo lo que brilla: he ahí lo que sugiere. No hay cosa más inicua que el avaro. El avaro en su locura *"amontona tesoros y no sabe para quien los reune"* (Sal. 39,7).

"¡Insensato!, esta noche te arrancarán el alma, y todo lo que has acumulado ¿para quién será? (Lc. 12,20).

"Guardaos de toda avaricia, porque aunque se tenga mucho, no está la vida -la felicidad- en la hacienda" (Lc. 12,15). *"Los avaros no poseerán el reino de Dios"* (L. Cor. 6,10). La raiz de todo mal no es el dinero, sino el amor al dinero.

Los avaros viven peor que el último mendigo. Su felicidad consiste en tener riquezas y como sentirlas junto a sí. Las riquezas aprisionan al avaro, no sabe distribuirlas entre los pobres y necesitados que así podrían salvarlo... ¡Cuántos avaros, teniendo millones de pesetas, mueren como miserables! Su ídolo, su dios es el dinero. Y por eso más allá de la muerte, no ven nada, y se presentarán ante Dios con las manos vacías de buenas obras.

La soberbia de la vida es la tercera concupiscencia. ¿Y qué es la soberbia de la vida? Adorarse a sí mismo en sus ideas, en su talento, en sus cualidades físicas o morales, en su excelencia, en su verdadera o pretendida superioridad... Quiere so-bresalir en todo, y que les agasajen... Ciego es quien no vea en esto el medio más poderoso de satisfacer ampliamente la doble concupiscencia de la carne y de los ojos. Por eso entre las tres grandes pasiones que asolan el mundo, lo más furiosa es la ambición del poder.

Si preguntamos de dónde proviene el espíritu de insu-

bordinación que ve hoy en todas las clases de la sociedad, veremos que es de la soberbia de la vida.

Hay cosas que el hombre no comprende, y le echa la culpa a Dios, de las pestes sufridas, del hambre, de las guerras, inundaciones, terremotos...; pero debemos saber que porque Dios quiere al hombre les manda estos avisos terribles que dicen: Has errado el camino: esta vida no es la vida; busca en otra parte esa dicha de que sientes necesidad invencible... Dios castiga a los hombres por sus pecados para que se vuelvan a El..., y por eso, hoy como ayer al pueblo judío, que se apartaba de Dios, dice a todos: *"Ojalá cumplieseis mis mandamientos para ser felices vosotros y vuestros hijos!"* (Dt. 5,29).

¿Por qué esta vida no es la vida?

Aparte de las razones ya dichas, tenemos que decir, que no es la vida porque es incompleta en todos los órdenes, en el natural como en el sobrenatural, pues somos ignorantes. En comparación a lo que ignoramos, ¿qué es lo que sabemos? ¿Qué sabemos del mar y de sus abismos? ¿Qué es la tierra y de sus entrañas? ¿Qué del firmamento y de las estrellas innumerables que lo embellecen? ¿Qué sabemos de lo pasado, lo presente y lo porvenir.

Los hombres más laboriosos y de mayor talento, después de un siglo de estudios, se ven precisados a decir: "Todo lo que sé es que no sé nada". Bossuet mismo dejó escrito: "No conozco nada más vil y despreciable entre los hombres que el presumir de sabio". A muchos habia que atribuirles aquella frase de San Pablo: *"Alardeando de sabios se hicieron necios* " (Rom. 1,22).

Y lo que sabemos de historia, de filosofía, política química, medicina, etc. son migajas de ciencia.

Si miramos con nuestros ojos a las gentes y a los más cercanos a nosotros, ¿qué vemos? Que unos y otros sufren, mueren, se pierden, se corrompen y van por un camino que les lleva al abismo... Desde la cuna a la sepultura el cuerpo del hombre es un teatro de dolores, de enfermedades. Ni el Papa, ni el rey, ni el rico ni el pobre se ven libres de ellas. Con razón San Agustín, llama a la vida temporal una vida moribunda, o más bien una *muerte viviente*... y bien podemos decir que el retrato de todo hombre en este mundo es exactamente éste: Al principio de su existencia, una *cuna,* en medio, una *cruz;* al fin, una *sepultura;* nacer, padecer, morir: *nasci, pati, mori*.

¿Qué somos cada hombre? ¿qué es ese hombre a quien llaman príncipe, rey o emperador, que se adelanta montado en su caballo, magníficamente vestido, con el cetro en la mano y la corona en la cabeza, rodeado de su guardia de brillante uniforme y delante del cual todo el mundo se inclina o calla? San Bernardo responde: "Es un saco de estiercol, pasto de gusanos".

El hombre, desde que entra en el mundo, tiene conciencia de la brevedad de su vida. No hay quien deje de decir: *¡Cómo pasa el tiempo!* Pronto, pronto, nos vemos forzados a decir con Job: *"Pasan mis cortos años, y ando por un sendero por el que no volveré. Mis fuerzas se van extenuando, mis días se abrevian, y sólo me resta el sepulcro"* (16,23;17,1-2).

Si, pues, te pones a recorrer todas las comarcas del mundo, y dirigiéndote a cada uno de los millones de individuos de todo rango, de toda edad, raza y color que

se mueven sobre la superficie de la tierra, les preguntas: ¿Qué eres? No hay uno que no te deba responder: "Soy un sentenciado a muerte". Si, sentenciado a ser despojado de todo, separado de todo, olvidado de todos, devorado por los gusanos y reducido a polvo. ¡Oh miseria del hombre!

En consecuencia: Considerada en si misma esta vida, no es la vida, porque es breve, y breve en cuanto al goce y a la duración. El mayor de todos los errores es sin duda creer que la vida esta es la vida.

Nuestro deseo infalible de vida

Dios, Creador y Padre, que es la suma Bondad y la sabiduría infinita, que no puede engañarse ni engañarnos, es el que ha puesto en el fondo del corazón humano tan infalible necesidad de la vida, que nada puede dominarla ni debilitarla. Mas hemos visto, y lo hemos visto bien, que la vida presente está muy lejos de satisfacer esta imperiosa e imperecedera necesidad. Luego hay para el hombre otra vida que no es ésta.

Dios, al crear al hombre, le he dado un deseo invencible de la vida, este deseo es inseparable de su naturaleza. Nada hay que pueda impedir a Dios que dé al hombre todos los medios de satisfacer esa necesidad.

Andamos muy equivocados si creemos que estamos en el mundo para gozar, para acaparar riqueza y luego dejárselas a otros con gran pena para que ellos disfruten a costa de nuestros sudores. ¡cuánta vanidad!

No pongamos nuestros felicidad en la tierra, en esta vida tan corta, pues si no esperamos en una vida más allá de las presentes, seríamos, como dice San Pablo *"los más miserables de todos los hombres"* (1 Cor. 15,19).

Como Dios ha puesto en el corazón humano ansias

infinitas de felicidad, el hombre ha nacido para cosas mayores, por cuanto no se sacia con las cosas de aquí abajo. No debemos dudar que hay otra vida después de ésta, porque en la Biblia que es la palabra de Dios, nos está hablando de ella: *"Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos"* (Mt. 19,17).

En el libro de la Sabiduría se nos pinta la demencia de los hombres que miran como única la vida de acá, y los crueles desengaños que tendrán al otro lado de la tumba.

Ellos han dicho: *"Salidos de la nada, volveremos a la nada; la vida es una comedia, no tiene otro fin que el de que adquiramos riquezas, aunque sea por malos medios. Siendo ricos, entreguémonos a los placeres, ríamonos de los que no quieren imitarnos". Les ha cegado la malicia, han desconocido la dignidad del alma, han mirado como ensueños las recompensas prometidas a los justos, y olvidado que el hombre es inmortal.*

"Pero llegará un día en que sus iniquidades se levantarán a acusarlos en el tribunal de Dios. Entonces los justos estarán con grande constancia contra aquellos que les angustiaron y les quitaron el fruto de sus trabajos. Los malos, al verles, serán turbados con temor horrendo, y se maravillarán de verlos de repente salvos contra lo que esperaban.

"Diciendo dentro de sí pesarosos y gimiendo con angustia de espíritu: "Estos son los de quien en otro tiempo nos burlábamos y la tomábamos con ellos para ultrajarlos. ¡Insensatos de nosotros!. Teníamos su vida por locura y su fin por una deshonra. Ved como han sido contados entre los hijos de Dios, y su suerte está entre los Santos.

"Luego hemos errado el camino de la verdad,y la luz de la justicia no nos ha alumbrado. Nos hemos cansado en el camino de la iniquidad y de la perdición, hemos andado por caminos ásperos y hemos ignorado el camino del Señor. ¿De qué nos aprovechó nuestra soberbia? ¿Qué hemos sacado de la vana ostestación de nuestras riquezas? Todas estas cosas pasaron como sombra"

"Tales cosas dijeron en el infierno estos que pecaron. Mas los justos para siempre vivirán; el Señor mismo será su recompensa; de su mano recibirán reino de honra y corona de hermosura" (Sab. 5,1-17).

No dudemos que esta vida no es la vida, pues si esta vida fuera toda la vida, ya no hay estímulos para la virtud, ni barreras para el crimen, ni sanción seria para las leyes humanas ni divinas.

¿Existe lo sobrenatural?

La existencia de lo sobrenatural es un hecho incontestable. ¿Quién ha hecho este mundo? Las casas no se hacen solas, el reloj no se hace solo, supone un relojero. El mundo, la creación entera supone un ser creador y ¿quién es esa ser sino un Dios omnipotente y eterno?

El universo entero es un inmenso espejo, donde el hombre puede y debe leer la existencia, el poder, la sabiduría y la bondad del Ser sobrenatural que lo creó. ¡Ay del hombre si así no lo hace!.

Los incrédulos, los materialistas se contentan con decir: "Nosotros no admitimos la creación". ¡Vosotros no admitis la creación! Si así es, admitís efectos sin causa, ríos sin fuentes, casas sin artífice, relojes sin relojero, cuadros sin pintor. Si vosotros incrédulos, admitis que existen esas cosas, el cielo, la tierra, incluso lo que

contienen, incluso vosotros mismos, ¿cómo explicar su existencia?.

El marxismo, para negar la existencia de Dios, asentó esta proposición: "La materia es la única realidad existente", o con otras palabras: "Todo es materia, por tanto no hay Dios". Pero, yo os digo: ¿Quién creó la materia? y aun algunos responden: La materia es eterna, por tanto se hizo por sí misma. Pero atended, ¿cómo es posible que una materia inerte, sin vida, sin inteligencia ni razón haya podido crear seres vivientes e infinidad de astros en el espacio miles de veces mayores que la tierra y poner este mundo en el orden admirable que lo vemos con estaciones días y años? ¿Quién puede explicar este mundo sin la existencia de un Dios inteligente, ser increado, necesario y eterno?.

Tu has tenido unos padres, y estos tuvieron otros... ¿de dónde vienen los primeros? Es evidente que si Dios, el Ser eterno no existiera, tampoco nosotros, ni existirían el cielo ni la tierra, ni nada. Luego la causa primera del universo no puede ser otra que Dios.

No faltan positivistas y materialistas que se atreven a decir que no admiten sino lo que cae bajo su experiencia y ven con sus ojos, y a ellos podíamos decirles: ¿Has visto su inteligencia? No. Luego no la tienes. Tu no has visto a Dios con los ojos del cuerpo, porque El es espíritu. Pero, aunque no lo veamos, ¿acaso no estamos viendo sus obras?.

¿Has visto tu los albañiles y arquitectos que construyeron las catedrales de Milán, de Burgos, de Sevilla y tantas otras? Porque tu no veas el pensamiento o ciudades donde no hayas estado, ¿te atreverás a negar que existen? Dios existe. No os empeñéis en negarlo.

Y sabed, porque es grande la ignorancia existente, porque cuanto no han leído los Evangelios, que el mismo Dios se hizo hombre y habitó en el Israel de hoy y nos ha revelado las grandes verdades del orden sobrenatural y nos repite que hay otra vida a la cual debemos caminar siguiendo los mandamientos de Dios si queremos salvarnos. Ten-gamos presentes siempre estas tres verdades fundamentales: La existencia de Dios, la del alma y la de la vida futura, y después dehaber meditado sobre lo que Dios nos dice a todos en el libro de la revelación: la Santa Biblia, obremos en consecuencia.

Segunda parte

LA MUERTE NO ES LA MUERTE

La muerte es la puerta de la vida eterna

Si vivimos conforme a la ley de Dios no debemos temer la muerte, porque el que se muere no cesa de vivir. Nuestra alma es inmortal.

Dado que la presente vida no es la vida, comotenemos demostrado, tampoco esta muerte es la muerte. ¡Qué pesadilla se nos quita de encima! La certidumbre dela muerte, que pesa sobre el hombre desde el día en que adquiere uso de razón; que por la mañana le impide prometerse ver la noche, y por la noche le deja incierto en si despertará vivo por la mañana: este pensamiento, que todo lo que vemos, todo lo que oimos nos lo trae a la memoria a pesar nuestro, es para los mismos incrédulos una fuente inagotable de terrores, tristezas y fastidio. Es, vuelvo a decir, la pesadilla de la humanidad.

La muerte no es la muerte, porque, como acabamos de decir, el que se muere no cesa de vivir. ¡Qué inmenso consuelo!. Hemos aquí en una cámara mortuoria. Sobre el lecho fúnebre acaba de espirar un padre, una madre, un hermano, una hermana, tiernamente amados. La esposa, los hermanos, las hermanas, los niños huérfanos, desde hoy, su-midos en el dolor, lloran al que acaban de perder, y que deja en torno de ellos horrible vacio.

De repente se han suspendido los sollozos. El Dios de los vivos deja oir su voz: *"No os pongáis tristes, dice, como los que no tienen esperanza de la vida eterna"* (1 Tes. 4,14). La muerte no es el fin de la vida. Es el comienzo de una nueva existencia. "Con la muerte pasamos a la inmortalidad; no podemos llegar a la vida eterna sin salir de esta actual, la muerte no es una muerte, es un tránsito" (S. Cipriano).

Los difuntos, "de mortales que eran, se han hecho inmortales. Allá os esperan, allá los volveréis a ver. Míos eran en vida, míos son en la muerte. Yo lo he criado todo, dice el Señor, y no aniquilo nada. Yo no soy unicamente la creación, *"soy la resurrección y la vida"* (Jn. 11,25).

La tierra no es nuestra patria. Aquí *somos forasteros y peregrinos"* (Heb. 11,13). Nuestra verdadera patria es el cielo, pues *"no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna"* (Heb. 13,14).

A los ojos de la Iglesia, el criatiano que muere no es un ser efímero que torna a la nada; es un viajero muy amado que se pone en camino, y al final de esta vida, cuando le ve moribundo, como para el que emprende un largo viaje, le prepara para que se presente al Dios de la

eternidad purificado de sus pecados mediante los sacramento de penitencia y del de los Enfermos, y como todo viajero necesita alimentos, la Iglesia le da *el Viático,* el pan de los fuertes, el mismo Jesús en persona, que haciendose compañero de su viaje, le llevará de la mano para hacerle franquear sin peligro el paso decisivo del tiempo a la eternidad.

En el cielo, al que debemos aspirar, si morimos en gracia de Dios, ha de ser nuestra mirada, por eso, como dice Kempis, "hemos de mirar las cosas de la tierra como quien está de paso". La felicidad del cielo es la duración eterna. La Sagrada Escritu-ra lo dice así: *"Tenemos casa eterna en el cielo"* (2 Cor.5,1). *"Los justos irán a la vida eterna"* (Mt. 25,46).

Vivamos siempre con la esperanza de la vida eterna, pues, como la Iglesia nos recuerda: "La vida no termina, se transforma y disuelta nuestra morada terrenal, conseguimos una mansión eterna en el cielo" (Pref. Dif.).

La muerte no es sino una apariencia de muerte

Como tenemos dicho: la vida presente no es la vida, sino apariencia de tal, tampoco la muerte es muerte, sino cosa parecida. En la fe de estas dos verdades tan antiguas como el mundo, tan extensas como la humanidad, rechazadas solamente en los tiempos antiguos y en los modernos por los materialistas y ateos, pero afirmadas incesantemente por la revelación divina y por la más alta autoridad que hay debajo del cielo, y es nuestra madre la Iglesia católica; en esta fe, repito, se encierran todos los consuelos de la pobre humanidad; consuelos para los que sobreviven a sus difuntos más queridos, y también

para los que mueren, como lo vamos a ver.

Elevando hasta la evidencia la certidumbre de esta verdad, que la muerte no es sino una apariencia de muerte, el cristianismo ha hecho nacer un género de muerte desconocida de todo lo que no es cristiano: *la muerte gozosa.*

Entretanto que el pagano de hoy día, como el pagano de otros tiempos, tiembla con todos sus miembros al pensar en la muerte, y llegando el caso se retuerce desesperado en brazos de la muerte, y recibe el golpe mortal con la estúpida imprevisión del buey llevado al matadero, el cristiano ve sin te-mor acercarse la muerte y la desea y muere lleno de gozo, a falta de otras pruebas, este solo contraste bastaría para demostrar la divinidad del cristianismo.

Veamos algunos ejemplos de cristianos en el lecho del dolor, donde esperan el fin próximo de su peregrinación. Ejemplos son estos que parten desde los primeros siglos de la Iglesia.

1°. Ejemplos de San Pablo y de Santos Padres de la Iglesia.

- *San Pablo* decía: *"Deseo morir para estar con Cristo"* (Fil. 3,20).

El estaba persuadido que inmediatamente después de la muerte vería a Cristo, no precisamente, en cuanto hombre, sino en cuento Dios.

- *San Cipriano,* al oir la sentencia de muerte, que contra él fulminaron, exclamó: "Doy gracias al Dios Omnipotente que se digna librarme de las cadenas del cuerpo" *(In ejus vita).*

- *San Ambrosio* decía al morir: "No he vivido para

temer la muerte, y no la temo, porque Dios es bueno" (Possidon. Vit. S. Aug.).

- *San Jerónimo* exclamó: ¡Ay, qué larga ha sido mi peregrinación! Mi alma os desea, Dios mío, como el ciervo que corre sediento a un manantial de agua viva" (Hist. Eccles).

2º Otros ejemplos de santos y no santos al morir

- *Santa Teresa de Jesús,* decía: "¡Oh muerte, muerte, no sé quien te teme, pues en ti está la vida. Mas, ¿quién no te temerá habiendo gastado parte de ella en no amar a su Dios?... Sírvele y espera en su misericordia". Ella suspiraba por el cielo, y decía como San Pablo: *"Vivo sin vivir en mi",* y "tan alta vida espero que muero porque no muero". Le pare-cía ya "larga esta vida y la cárcel del cuerpo en que el alma está metida..." y lo que esperaba era la otra vida.

- *San Francisco de Asís* dijo: "Sacad, Señor, mi alma de esta cárcel, para que alabe vuestro santo Nombre".

- *San Luis, rey de Francia,* al llegar la hora de su muerte, "miraba dulcemente a los circunstantes, dice el obispo de Tunez, testigo ocular, y habiéndose asegurado en su misterioso recogimiento de que todo estaba dispuesto para su partida, abrió el santo rey los ojos, y, mirando al cielo, dijo: "Voy a entrar en la casa del Señor".

- *San Juan Berchmans,* a sus veintidos años, estando en el Noviciado de los Jesuítas de Roma, el enfermero que lo asistía en su última enfermedad, viéndole debilitarse más y mas, le declaró que estaba próximo su fin. Al oir esta noticia, se llenó de gozo, y, abrazando al enfermero, exclamó: "¡Oh, la gran noticia! Es la más

dulce y consoladora que he recibido en toda mi vida".

- *P. Francisco Suarez,* doctor eximio, en el momento de su muerte, se oyó exclamar: "Una cosa no sabía ¡que fuera tan dulce el morir".

- *El Cardenal Baronio:* Se le acaba de hacer la recomendación del alma, y exclamó: "¡Ea, llegó la hora de la alegría y el regocijo: me muero!".

- *Sor María de Venecia,* viendo llegar la muerte, gritó en un transporte de alegría: "¡Al cielo, al cielo!".

- *Francisco, el niño de Fátima,* cuando le preguntaron qué quería ser cuando fuera mayor, contestaba: "No quiero ser nada, sólo quiero morirme e ir al cielo".

- *El Hermano Rafael, trapense,* dijo: "El cielo es nuestro anhelado y común hogar, donde en torno al Padre celestial se va reuniendo toda la familia. Allí nos han precedido nuestra Madre común, la Santísima Virgen, allí está Jesús, los apóstoles, los santos, nuestros padres y amigos...".

- *Sor María Gema,* religiosa capuchina de Nava del Rey (Valladolid), que murió hace pocos años (22-12-84), es una de las almas extraordinarias de nuestra época, y el que lea el libro de su vida, titulado FLOR DE UN CONVENTO (el cual contiene pensamientos que elevan y arrastran a la virtud), podrá ver cómo pensaba más en la vida futura que en la presente, y cómo sólo anhelaba sufrir y volar al cielo, así leemos en una de sus cartas: "Siento muchas veces como si no estuviera en la tierra, o al menos nada de preocupación por las cosas de ella, sólo me atrae el Señor, y si continúo así (como lo espero de Él) esto sólo se arregla con volar al cie-lo.. . "No se me quitan los deseos de ser santa, y se lo pido mucho al Señor. También le pido que cuando me

muera que quiero ir derecha al cielo pa-ra ver enseguida a los Tres y a la Santísima Virgen".

Poco antes de morir le dijo a la Hermana que la atendía, que sólo aspiraba al cielo, y con estas palabras terminó su vida terrenal: "¡Al cielo, al cielo"...

¿Qué hemos de hacer nosotros ante el ejemplo de los santos, sino imitarlos y aspirar al cielo como ellos? "La tierra, dice San Agustín, no es más que un destierro, una cárcel; y, sin embargo, esta cárcel es ya bella y agrada, ¿qué será, pues, la Pa-tria?". Y San Ignacio de Loyola, exclamaba "¡Cuán vil y despreciable me parece la tierra cuando miro al cielo!"

En consecuencia: Nuestra felicidad no está en las cosas pasajeras de la tierra, sino en las cosas eternas del cielo. Como dice el verso popular:

No he nacido para el suelo,
que es morada de dolor.
Yo he nacido para el cielo,
yo he nacido para Dios.

La vida temporal en su naturaleza y en su destino

Dado que esta vida, como tenemos dicho, no es la vida, y la muerte no es la muerte, ¿qué es, pues, la vida y qué es la muerte?

Contestando a esta pregunta vamos a ilustrar a los que andan equiocados sobre la naturaleza íntima y el verdadero destino de la presente vida. La vida temporal en su naturaleza íntima es una *prueba,* y en su destino, es *camino* para la vida eterna.

Para entender qué es para el hombre la prueba de la vida, conviene fijarnos en lo que Jesucristo nos dice en este pasaje del Evangelio (Mt. 25, 14-30): Es la llamada parábola de los talentos:

Esta parábola ilustra la fidelidad que se exige a cada cristiano en la administración de los bienes que le han sido encomendados por nuestro Señor. En la parábola se nos dice que el señor de la misma optó por repartir entre tres de sus siervos, no por igual, sino según la capacidad y habilidad de cada uno para negociar con los talentos que le entregaba, a uno le entrego cinco, a otro dos, y al tercero, uno. El primero y el segundo negociaron felizmente con los talentos que había recibido y duplicaron el capital. En cambio, el tercero, por desidia y miedo de comprometer el dinero de su señor y exponerse a perderlo, enterró el talento en tierra, y allí lo dejó infructuoso hasta la vuelta del Señor.

Después de mucho tiempo volvió el Señor y pidió cuenta a los tres siervos de su administracion. A los dos primeros los alabó por su industria y laboriosidad y les ofreció en el acto el premio de su felicidad. En cambio, el último, que pretendió ex-cusarse, le reprendió severamente como a siervo malo y perezoso y desposeyéndole, como castigo, del talento que había recibido, ordenó que fuese arrojado a las tinieblas exteriores donde sería el llanto y la desesperación.

Lo que se nos enseña con esta parábola es que los siervos somos todos los hombres, y los talentos son los dones, tanto de orden natural como, sobretodo, de sobrenatural, que reparte a cada uno para conseguir la salvación eterna.

En la diligencia y laboriosidad de los dos primeros y

en la desidia y pereza del tercero está representada la historia de la humanidad entera y de cada uno de los hombres; unos, por corresponder a las gracias recibidas, merecerán la gloria o vida eterna; otros, en cambio, por resistir a ellas y descuidar el cumplimiento de la voluntad de Dios, merecerán el castigo del infierno.

El destino de esta vida es servir de camino para la otra, como ya lo tenemos dicho. El hombre ha sido creado para poseer esa vida completa, y siendo una recompensa debe ser merecida. Recordemos la pregunta: "¿Para qué fin fue creado el hombre? Para conocer, amar y servir a Dios en esta vida y después verle y gozarle en la otra". Ni más ni menos: he aquí toda la vida de acá abajo.

Es evidente que esta vida es camino para la vida verdadera. Y para que llegue a su término, ¿qué tal debe ser la vida? El divino Redentor nos da la respuesta: *"Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos"* (Mt. 19,17). ¿Qué mandamientos? No los del mundo ni del demonio; no los de las tres concupiscencias, soberbia, avaricia, lujuria, sino los mandamientos de Dios. Ya ves que la verdadera vida no se nos ofrece muy cara.

Los mandamientos de la ley de Dios no son difíciles, se reducen a una sola palabra: *amar*. Amar a Dios, amarle a Él y en sus obras. Amar al prójimo, imagen de Dios, amarle en su alma y en su cuerpo, como nos amamos a nosotros mismos: eso es todo.

La primera condición para guardar los mandamientos es hacer todo lo contrario de lo que hoy hace la inmensa mayoría de los hombres; *es tomar la vida en serio.*

Todos debemos de tomar la vida en serio, porque ¡se vive una sola vez! y tenemos que deshacer errores.

Pensemos que venimos de la eternidad, va-mos a la eternidad, pues escojamos la eternidad... La muerte no es lo que se cree, es comienzo de la vida viviente.

La muerte es la puerta del cielo

Para los justos que mueren en gracia de Dios, la muerte es ciertamente la puerta del cielo, Recor-demos este hecho de la vida de San Carlos Borro-meo. Los pintores del renacimiento, copistas demasiado serviles de los antiguos paganos, representaban la muerte bajo la imagen de un esqueleto horrible, armado de su guadaña, para segar con ella sin piedad las generaciones humanas, como se siega la hierba de los campos, sin dejar nada de ella... Se-mejantes cuadros desterraban la noción cristiana de la muerte.

El gran Cardenal, hizo suprimir la guadaña, y la reemplazó por una llave de oro, porque ella, como acabamos de decir, nos abre las puertas del cielo.

¿Qué es, me preguntas, el cristiano que muere, y muere como cristiano?

- ¿Ves a ese rey caido, que, en medio de las aclamaciones de sus pueblos, sube otra vez a su trono para no caer más? Eso es el cristiano que muere.

- ¿Ves a ese pobre anciano, estropeado, sufriendo, cubierto de harapos, con su morral a la espalda, su palo en la mano, mendigando el pan de puerte en puerta, continuamente despedido, y siempre condenado a las más duras privaciones? ¿Le ves de repente nadando en la abundancia, magníficamente vestido, con casa magnífica y delicada mesa? Eso es el cristiano que muere.

- Entremos en cualquier hospital. Estás viendo a derecha e izquierda de sus vastas salas esas largas filas

de camas, en que yacen pobres enfermos de to-das las edades, devorados por la fiebre, privados del sueño, estropeados, contrahechos, que apenas pueden hacer ningún movimiento, sin sufrir dolores intolerables, sometidos a operaciones crueles, y sin seguridad de curar.

¿Puedes calcular la dicha de uno de estos enfermos que llegan a recobrar la salud completa de repente con la certidumbre de no perderla más? ¿Quién es ese enfermo? El cristiano que muere.

Así comprendía la muerte aquel leproso heroicamente cristiano, cuya historia te voy a contar/ yen-do de caza un gran señor, se empeñó en perseguir una cabra montesa, y se apartó mucho de su gente. En medio del bosque oyó una voz humana, que cantaba con agradabilísima melodía. Sorprendido de oir tan dulce canto en tan solitario lugar, quiso saber que era aquello. Encaminó su caballo hacia donde venía la voz, y se encontró delante de un leproso, tan desfigurado en todas las partes de su cuerpo, que las carnes se le caían a pedazos.

Quedó espantado al verle; mas triunfó de sí mismo, se acercó al leproso, le saluda afablemente y le pregunta: ¿Es usted el que cantaba? -Sí señor.- ¿Y de dónde saca Vd. tan hermosa voz? -Es mi voz natural-. ¿Pero cómo puede Vd. cantar, hallándose en el estado tan lastimoso en que le veo?.

- Entre Dios y yo, respondió el leproso, no hay otra separación que este muro de barro, que se lla-ma mi cuerpo. Cuando se haya hundido, nada me impedirá ir a gozar de la eterna bienaventuranza en el seno de mi Dios. Y como todos los días veo caer pedazo de este muro, la alegría que me da al ver có-mo se viene abajo,

me hace cantar; espero con an-sia el momento en que se hunda del todo; momento bendito, en que mi alma, separada de mi cuerpo, irá a saciar su sed en la fuente misma de la felicidad inmortal.

Finalmente, el cristiano que muere es un desterrado que vuelve a su patria, y el cielo es nuestra patria, ¿cómo no hemos de tener prisa de ver nuestra patria y a saludar a nuestros seres queridos que nos esperan?.

La tierra de los vivientes

El pensamientos más capaz de infundir aliento y el más consolador de todos, así para que se van, como para los que se quedan, es reconocer que la muerte no es el acabamiento final, porque morir no es morir, sino cambiar de domicilio.

Al dejar el cristiano la tierra, no deja la vida, sino muy al contrario. ¿A dónde va? A la tierra de los vivientes. Y ¿qué es la tierra de los vivientes? Es el cielo. ¿Y por qué al cielo se le llama tierra de los vivientes? Por varias razones:

1ª razón: Por oposición a este bajo mundo, llamado con tanta razón "valle de lágrimas y tierra de los que mueren". En efecto, aquí abajo todo muere y nada vive. El cielo, por el contrario, es el país venturoso en que todo vive y nada muere.

2ª razón: Porque el hombre, hecho para la vida, la ama con pasión; y como no la encontramos aquí abajo, ha querido Dios excitar en nosotros un deseo ardiente del cielo, designándolo con el nombre bendito de *"tierra de los vivientes"* (Sal. 142,6).

3ª razón: Para justificar a la Providencia, prometiendo al hombre la satisfacción eterna y superabundan-

te del deseo peremne de vivir, que Dios le puso en el corazón.

Nuestra patria está en el cielo. Pio XII dijo un día este bello pensamiento: *"En esta tierra de lágrimas no tenemos ni ciudad permanente"* (Heb. 13,14). ni patria eterna. Todos somos en la tierra desterrados y peregrinos; nuestra patria está en el cielo, más allá del tiempo, en la eternidad, en Dios".

"Toda la Sagrada Escritura, como afirma San Agustín, nos exhorta a desprendernos de la tierra y a dirigir nuestras miradas al cielo en donde se halla la verdadera y suprema felicidad" (Lib. de Civit.).

"Dentro de poco tiempo he de abandonar esta tienda de mi cuerpo" (2 Ped. 1,14). *Sabemos que si esta tienda terrestre en que habitamos viene a destruirse nos dará Dios en el cielo otra casa, no hecha de mano de hombre"* (2 Cor. 5,1).

¿Y cómo será la felicidad del cielo? Es indescriptible: *"Ni el ojo vio, ni el oido oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le sirven y le aman"* (2 Cor. 2,9), y ¡cuántas cosas bellas hemos visto, cuánta hermosura en el firmamento, en la naturaleza, en las grandes ciudades!, y sin embargo, a pesar de tantas maravillas que hemos visto, oido y concebido, todo palidece ante la grandeza y felicidad del cielo.

¿Debemos llorar por nuestros difuntos?

San Pablo nos dice: *"No estéis tristes -no lloréis- como los que no tienen esperanza..."* (1 Tes. 4,14). No es que no sintamos la muerte o se nos suelten algunas lágrimas por el sentimiento de la separación; pero lo que

se nos manda es que no lloremos como los paganos, los que no tienen esperanza de la vida eterna.

En la vida de San Agustín leemos, que al ir a enterrar a su madre, derramó algunas lágrimas. El lo dice así en su soliloquio: "Acordábame yo, Señor, de vuestra sierva; repasaba en mi memoria su vida, tan piadosa y santa para con Vos, tan dulce y ejemplar para nosotros, y me veía súbitamente privado de ella, y sólo en vuestra presencia lloré por ella y por mi. Dejé correr el llanto, anegóse en él mi corazón, y yo encontré alivio.

"Y ahora, Señor, os lo confieso en este escrito. Lo leerá quien quiera, y lo interpretará como le plazca. Si encuentra reprensible el que yo llorara a mi madre durante pequeña parte de una hora, a mi madre muerta ante mis ojos, la que tantos años me había llorado para hacerme vivir en vuestra vista, no se ría de mi; antes, si tiene gran caridad, llore mis pecados delante de Vos, Padre de todos los hermanos de vuestro Cristo".

San Ambrosio y Tertuliano, cuyos testimonios voy a citar, nos dicen que no debemos temer la muerte ni debiéramos llorar a nuestros difuntos, sino alegrarnos porque van a gozar con las almas santas en el cielo.

- *San Cipriano:* "Rechacemos el temor a la muerte con el pensamiento de la inmortalidad que la sigue. Demostremos que somos lo que creemos.

Debemos pensar y meditar, hermanos muy amados, que hemos renunciado al mundo y que, mientras vivimos en él, somos como extranjeros y peregrinos. Deseemos con ardor aquel día en que se nos asignará nuestro propio domicilio, en que se nos restituirá al paraiso y al reino, después de habernos arrancado de las ataduras que en este mundo nos retienen.

El que está lejos de su patria es natural que tenga prisa por volver a ella. Para nosotros, nuestra patria es el Paraiso; allí nos espera un gran número de seres queridos, allí nos aguarda el numeroso grupo de nuestros padres, hermanos e hijos, seguros ya de su suerte, pero solícitos aún de la nuestra. Tanto para ellos como para nosotros, significará una gran alegría el poder llegar a su presencia y agrazarlos; la felicidad plena y sin término la hallaremos en el reino celestial, donde ya no existirá el temor a la muerte, sino la vida sin fin".

- *Y Tertuliano,* pensador latino-cristiano, apologista del siglo III, dice: "Al que cree firmemente en la resurrección de los muertos, no le aflige la misma muerte, ni perderá la paciencia en los dolores: ¿qué hay que sentir en la muerte de una persona, si no la tenemos perdida para siempre? No es más que un viaje lo que llamamos muerte, por lo que no se debe llorar la muerte del que partió antes que nosotros, antes bien, desear seguirle.

El excesivo sentimiento no es una señal de la más viva esperanza: desacredita nuestra fe, y es injurioso a Jesucristo el tener por infelices y dignos de compasión a los que Él llama a si"...

Veamos ahora lo que nos dice la Sagrada Escritura del culto de los muertos: *"Hijo, derrama lágrimas sobre el muerto, y corresponde al que sufre, entona lamentaciones, amortaja su cuerpo según le corresponde y no dejes de darle sepultura. Y según su condición haz el duelo; un día o dos para no ser puesto en lenguas, y luego consuélate por la tristeza... Pasados los funerales debe cesar la tristeza, pues el dolor trae mal al corazón... No olvides que no hay retorno, que al muer-*

to no le aprovecha y a ti te daña. Piensa en su destino, pues el suyo será el tuyo; el suyo ayer, mañana el tuyo... Con el descanso del muerto, descanse su memoria... (Eclo. 38,16-24).

Lo propio es no llorar por los difuntos, pues si han muerto en gracia de Dios, están en el cielo.,.. y si necesitasen purificarse de faltas veniales y tuvieran que pasar por el Purgatorio, lo más necesario para su alma es aplicar alguna Misa por ellos. Las lágrimas y las flores valen poco, por eso San Ambrosio dijo: "Una lágrima por el difunto, se evapora; una flor sobre su tumba se marchita, una oración por él la recoge Dios". Al visitar pues la tumba de tus difuntos, lo mejor que puedes hacer es rezar un Padrenuestro por él.

Los goces reservados en el cielo

A juicio de San Pablo, los goces que están reservados al hombre en la tierra de los vivientes, o sea, en el cielo (y que él los había visto con sus ojos) son indescriptibles.

Sin necesidad de telescopio gozaremos viendo con toda claridad el firmamento y sus maravillas in-numerables. El más humilde entre todos los Santos, más sabios que todos los astrónomos, conocerá, sin estudiar, el número de los astros, su naturaleza, su volumen, las leyes que presiden a sus movimientos y su razón de ser. Estos son, y otros muchos, los secretos del mundo material, que entendiéndolos perfectamente, quedará el espíritu deliciosamente extasiado.

La vista quedará plenamente satisfecha en el cielo. El oido y demás sentidos gozarán de los más bellos placeres, y para resumir, por lo que hace el cuerpo glorioso,

será dotado de cuatro cualidades que le proporcionarán por siempre jamás la plenitud de la vida. Estas son: claridad, agilidad, sutileza e impasibilidad.

- *Impasibilidad.* Esta será la primera cualidad de nuestro cuerpo gloriosamente resucitado. Despoja-do, durante su estancia en el sepulcro, de todas las imperfecciones y enfermedades, nuestro cuerpo gozará de eterno placer e inalterable salud, una felicidad completa.

- *Sutileza.* La sutileza de un cuerpo consiste en poder penetrar a través de otro, poco más o menos, como el rayo luminoso penetra el cristal sin descomponerlo ni alterarlo. De este modo, Jesucristo, después de su resurrección, entró, estando cerradas las puertas de la habitación donde los discípulos se encontraban reunidos. (Jn. 20,26).

No obstante, los cuerpos gloriosos permanecen palpables, pues tal fue el mismo de Jesucristo resucitado, y así dijo a sus discípulos asombrados: *"Palpad y ved: el espíritu no tiene carne y huesos, como véis que yo los tengo"* (Lc. 24,39).

- *Agilidad.* En los cuerpos gloriosos la agilidad es consecuencia necesiraria de la espiritualidad. El alma está unida al cuerpo, no solamente como principio vital, sino como principio motor. Bajo uno y otro aspecto el cuerpo glorificado le estará perfectamente sometido. El alma, como principio vital, le comunicará una cualidad especial: la sutileza, y co-mo principio vital, le comunicará una cualidad especial: la sutileza, y como principio motor, la extrema facilidad de moverse, que se llama agilidad (S.Tomás, Sp. 8,83,art.8). En lugar de serle un peso, el cuerpo será para el alma lo que son para el pájaro las alas.

Poder trasladarse sin trabajo alguno, y en un instan-

te imperceptible, de un lugar a otro, diste lo que distare, y regresar con igual prontitud al punto de partida, será deliciosa prerrogativa de los cuerpos gloriosos.

- *Claridad* Depositado innoble el cuerpo, resucitará glorioso, es decir, *luminoso*. Este sentido da el apóstol a la palabra *glorioso,* supuesto que compara la gloria de los cuerpos a la claridad de las estrellas (1 Cor. 15,40). "Brillarán los justos como los astros del firmamento".

En la renovación universal, dice Santo Tomás todos los seres serán engrandecidos. Los espíritus inferiores, las almas, adquirirán las propiedades de los espíritus superiores, que son los ángeles. Así lo enseña el mismo Evangelio/ *"Los hombres, dice, serán semejantes a los ángeles"* (Lc. 20,36).

Impasible, ágil, sutil, luminoso, ha de ser nuestro cuerpo, no por espacio de un día o de algunos años, que pasan rápidamente, sino por toda la eternida., Esta es la suerte del cuerpo de los elegidos, la del tuyo y el mío, si tenemos la dicha de contarnos en este número.

Agradezcamos a Dios tantos beneficios como nos hace y pensemos más en el cielo, el cual debemos anhelar constantemente.

Terminó este pequeño trabajo con estas palabras de San Agustín:

"Oh mi buen Maestro, si de tantos beneficios nos colmáis aún en esta vida corruptible: beneficios del cielo y del aire, beneficios de la tierra y del mar, beneficios del día y de la noche, del calor y de las sombras, de los vientos y las lluvias, beneficios de las aves y de los peces, de los animales terrestres y de los árboles, beneficios de todas las criaturas, que dóciles a vuestra voz, alegran nuestras penas y nos sirven de consuelo en nues-

tro destierro, ¿cuántos no serán, cuán extensos y cuán ricos los bienes que nos habéis preparado en la patria del cielo. ¿Donde os hemos de ver cara a cara? -Si tanto haces por nosotros, oh Señor, mientras estamos en la prisión, ¿qué no harás cuando nos hallemos en tu palacio. Si tan bella es la cárcel, ¿qué será el palacio? Si tan dulce es el destierro, ¿qué será la Patria?.

Laudetur Iesuschristus= Alabado sea Jesucristo

INDICE

PRESENTACION 3
Primera parte
ESTA VIDA NO ES LA VIDA 5
¿Qué es nuestra vida presente? 5
¿Qué es lo más importante? 6
Los grandes problemas del hombre 7
¿Para qué estoy en el mundo? 9
Vanidad de vanidades y todo vanidad 10
¿Qué es lo que hay en el mundo? 13
¿Por qué esta vida no es la vida? 15
Nuestro deseo infalible de vida 17
¿Existe lo sobrenatural? 19

Segunda parte 21
LA MUERTE NO ES LA MUERTE 21
La muerte es la puerta de la vida eterna 21
La muerte no es sino una apariencia
de muerte 23
Ejemplos de S. Pablo y de Santos Padres
de la Iglesia 24
Ejemplos de santos y no santos al morir 25
La vida temporal en su naturaleza y en su
destino 27
La muerte es la puerta del cielo 30
La tierra de los vivientes 32
¿Debemos llorar por nuestros difuntos? 33
Los goces reservados en el cielo 36